

El cuento de Rafa Borrás, viejo conocido nuestro, resulta impecable, muy bien contado, sin mayores fisuras tanto en su forma como en su objetivo. Tiene imágenes precisas y resuelve sin contratiempos el avance de la ficción y de los personajes. No obstante, creemos que el ascensorista de la historia tarda mucho en aparecer, y eso le resta potencia a la narración porque en el cuento todos los elementos que van a integrarlo deben estar prácticamente en los primeros párrafos, como hemos comentado en otras ocasiones. Y aquí esa tardía llegada al meollo del cuento hace que nuestra atención se centre equívocamente en situaciones que parecen (y decimos *parecen* por que no lo son) poco importantes para el desarrollo de la historia. Creemos que de alguna manera eso desdobra la focalización de la misma y la bifurca en dos direcciones. La historia es la del mago y lo que ocurre con aquel ejecutivo. De manera que con tan sólo alterar un poco el principio el cuento ganaría lo suficiente como para quedar redondo.

Por su parte, decidimos colgar el cuento de Inmaculada Reina porque en su contención y sobriedad para narrar el hecho angustiante que vive el personaje hay un valioso elemento de perspicacia narrativa: contar bien no es más que trasladar al lector la sensación o el sentimiento que queremos despertar en él a través de la peripecia de uno o más personajes. Así pues, sin necesidad de exagerar ni insistir en el peligro de la situación y en el miedo de la mujer, uno puede sentir esa tragedia que se cierne amenazadora desde el principio hasta el final. Y este, abierto, deja instalado en el lector todo el desasosiego por comprender cómo terminara esa terrible aventura. Ahora bien y con ganas de rizar el rizo (que tal es nuestro cometido...) creemos que la historia ganaría muchos puntos si además se perfilara, como traída por la oscuridad que va cerniéndose sobre el relato, la historia de la mujer y el marido (por ejemplo) o cualquier otro aspecto de la vida del personaje, algo que le diera a su extravío en el mar y a su angustia un tono más profundo. ¿está realmente perdida o ha sido *abandonada*? ¿Es una situación inofensiva, sobredimensionada por el miedo y que en realidad nos sirve para ver la soledad en la vida de esa mujer? Creemos que vale la pena reflexionar sobre ese hecho.

El cuento de Elías Urdánigo nos remite muy claramente a la atmósfera de los cuentos de la tradición norteamericana, con ese lenguaje escueto, a menudo afilado y contenido de Kurt Vonnegut o Raymond Carver. Incluso se parece en la modulación de la prosa, en el idioma original y que a menudo pierde entidad en las traducciones (incluso en las mejores) por la razón de que el inglés es un idioma cuya estructura permite frases muy cortas y sin embargo potentes. De manera que esa escueta economía que ha encontrado Elías para contar la historia de Bill le viene muy bien a la historia. No obstante, el final de la misma resulta excesivamente *contada* y eso precisamente es lo que no ocurre en los escritores como Carver o Vonnegut, de los que la prosa de nuestro nuevo compañero de taller parece tan deudora: en ellos toda la elaboración apunta a algo más profundo y por lo tanto menos evidente (la famosa propuesta de Hemingway acerca de que un cuento es como iceberg, pues las dos terceras partes están sumergidas y apenas vemos un porción mínima del mismo). Y ello nos prueba de qué manera el lenguaje que elegimos tiene tanta importancia. Es un buen cuento, con oficio y pericia, pero que debe "enterrar" el final explícito.

Finalmente, en el caso de nuestro amigo José Mejía, la fórmula de la narración dentro de la narración, la temática de estructura repetitiva y el final rotundo nos han parecido muy interesante pues apela a los mejores recursos de un tipo de cuento que finge la oralidad de

quien narra historias “con moraleja” a la manera de los cuentos de las mil y una noches o los viejos relatos tradicionales de todos los pueblos. Si se fijan, lo novedoso del planteamiento de Mejía es el discurso brutal (la amenaza del viejo) que irrumpe en el discurso clásico, moralizante y algo naïf para darle un cambio repentino a la historia y la aparición de un nuevo narrador que incluye así al desdichado contador de historias en la cadena de cuentos con que se empezó el relato. Es muy interesante y menos “sencillo” de lo que parece.